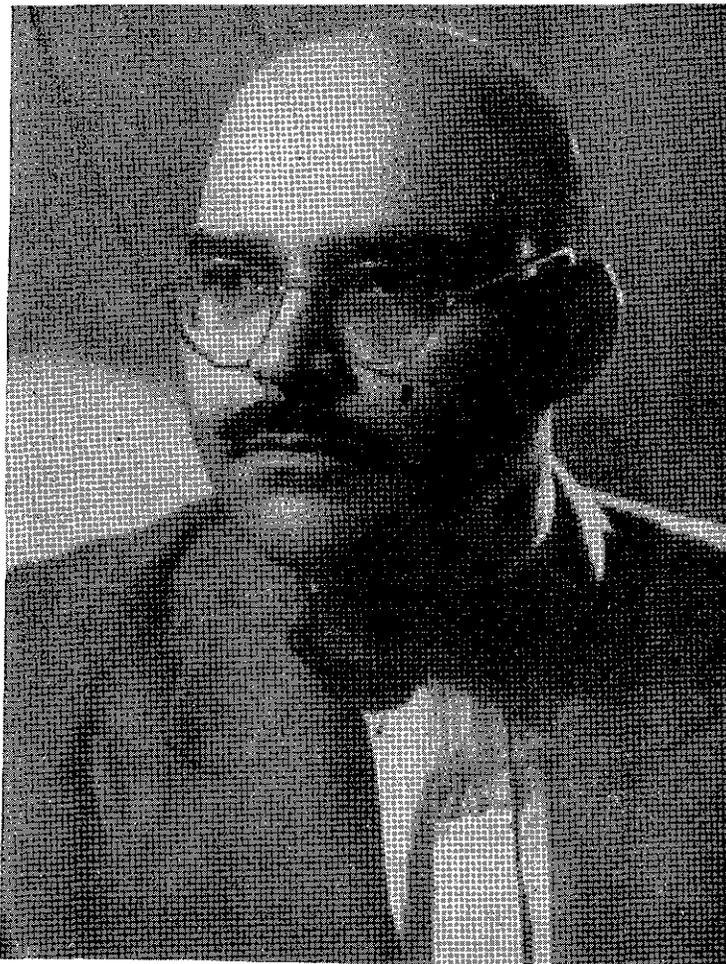


*Cuentos
de
José
Jorge
Láinez*



*José Jorge Láinez
(1913 - 1962)*

CATALOGADO

Mientras Humean los Fusiles

—¡Pueico, miserable!

La bofetada estalló sorda, apagada por el ruido de la fusilería que trepidaba a lo lejos.

—¿Qué sabes tú lo que es defender la patria?

El mendigo cayó sobre el piso sucio, lleno de colillas de cigarro, botellas vacías y escupitajos. Se incorporó lentamente sin dejar de mirar al coronel que vaciaba lo que quedaba de la última botella de aguardiente que encontró en el bar en ruinas, y salió lentamente.

Casi a las puertas de la ciudad, la artillería enemiga bombardeaba los últimos reductos rebeldes y el humo del incendio enlutaba las postizas esperanzas. Había heridos y muertos caídos en las calles, mientras los fantasmas hambrientos, con los uniformes en jirones, huían en desordenado tropel hacia los montes.

Ya nadie obedecía. Unos cuantos oficiales hacían esfuerzos para contener el éxodo de angustia, pero solamente quedaban los tiradores suicidas, apostados tras los escombros, disparando los últimos cartuchos.

El coronel escanció la botella y luego la arrojó al suelo en donde

se hizo añicos. Empujó la mesa y se levantó. Con pasos inseguros llegó hasta la calle y contempló la interminable fuga que como un río empavorecido, se deslizaba hacia la liberación.

—¿Usted no huye coronel?

La voz salió de boca del vagabundo que se había acercado al jefe de la plaza vencida.

Una granada que estalló a media calle, dejó sin respuesta la pregunta. El hombre se arrastró hasta el coronel, que se tambaleaba con las manos llenas de sangre, cubriéndose la frente abierta por un casco, y trató de auxiliarlo. Pero su mente se nubló y solamente supo que se hundía en una densa sombra.

Poco a poco fue recobrando el sentido y oyó el ruido de los tanques enemigos entrando a la ciudad humeante. La calle estaba sembrada de cadáveres y heridos y la sangre corría por las cunetas, como un arroyo de púrpura. Cerca de sí, vio al coronel y se acercó a él.

Puso su oído sobre el pecho del herido y oyó los latidos de su corazón.

Añastió el cuerpo inconsciente del jefe revolucionario hasta el inseguro abrigo de una casa derruida y comenzó a registrarle los bolsillos. Vio cómo el sucio uniforme constituía un ropaje mejor que el suyo para defenderse del frío, y suspendiendo el registro, le desabotonó la guerrera y se la quitó. La blusa harapienta cayó al suelo y se sintió mejor con la guerrera puesta. Se ciñó el cinturón de cuero, colocándose el revólver aún lleno de tiros en la petina del pantalón y se asomó al hueco de la puerta.

Los invasores registraban los escombros e iban sacando poco a poco a los ocultos tiradores, conduciéndoles hasta un camión lleno de prisioneros.

—¡Maldito, ladrón!

El mendigo se volvió a tiempo para repelear la agresión. Golpeó al hombre extenuado haciéndolo caer y le apuntó con el revólver.

—Si se mueve lo mato.

—¡Mátame! ¿Quieres? ¡Mátame! Después de todo, sería preferible que caer en manos de ellos. Me fusilarían al saber quien soy, pero antes, me torturarían hasta anunciarne el secreto de nuestras posiciones.

—¿Y qué, si usted se los dijera?

—¡Estúpido! Entonces estaríamos perdidos. Sería ya imposible el triunfo de la revolución.

—Deme las botas y el pantalón ¡Pronto!

—¡Pero, traidor!

El vagabundo alzó el revólver y apuntó al corazón del coronel. Este se quitó las botas y se las arrojó al otro. Luego se despojó del pantalón y se quedó en ropas menudas. El traidor realizó la misma operación con sus raídas prendas y vistió las del jefe militar. Alzó de nuevo el arma y dijo:

—Ahora, póngase eso.

En la calle se oía el rumor de las botas y los gritos de la soldadesca. Disparos esporádicos estallaban a lo lejos y los clarines y tambores saludaban a la otra bandera que izaban en el asta del cuartel.

—¡Arriba las manos!

La voz estalló de improviso, tajante e imperiosa y un pelotón de soldados irrumpió en la casa. Ambos alzaron las manos y el teniente los encañonó con el monitor.

Luego contempló la guerrera y las estrellas de coronel y sonrió con satisfacción.

—Dése preso, coronel.

El mendigo avanzó con los brazos en alto hasta dejar el revólver al alcance de las manos del teniente y éste lo desarmó e indicó con una vuelta al aire del monitor, el camino que debía seguir el prisionero.

—¿Puedo bajar las manos?

—Está bien, coronel. Puede bajarlas.

—¿Y el otro? ¿Qué hacemos con este individuo? —preguntó un soldado.

—Es un civil —dijo el teniente— Regístrenlo.

El hombre fue registrado y sus mugrientos bolsillos no contenían más que agujeros.

—¿Quién es éste?

Los ojos de los dos hombres se buscaron hasta encontrarse en una mutua mirada de acerada advertencia.

El prisionero se encogió de hombros:

—¡Qué sé yo! Un vagabundo.

—Pues anda, lárgate. Nuestras provisiones no serán para los pillos. Máchate que no queremos vagos en el pueblo.

—Pero... —intentó decir él.

—¡Silencio! Anda y muérete de hambre o de frío en las montañas ¡Qué me importa!

—Eso es, huye cobarde, ¿Qué sabes tú lo que es defender la patria? —dijo el prisionero y le dio un bofetón.

El otro rodó por el suelo lleno de escombros, mientras los soldados, colocando al preso en el centro de la doble fila, iniciaban la marcha hacia el cuartel. Y cuando entre el ruido de las botas y el chocar de los fusiles pasó el cautivo frente a él, el hombre sucio juntó los talones y fingiendo oprimir el rostro adolorido, llevó la mano hasta la altura de la frente y saludó militarmente al que marchaba a la muerte

Remordimiento

Quizá sus sospechas no fueran verdaderas. Quizá las lágrimas de ella no fueran una mentira, como él quiso creerlo, enloquecido por aquella obcecación siniestra que ahora comprendía que no era celos, sino que ya no la quería

—Me engañas... me engañas .

La acusación injusta, la ofensa despiadada, la calumnia torpe se presentaban ahora en su mente atormentada de remordimientos, y aquellas palabras le estujaban el cerebro como dos manos de acero implacables que apretaban, apretaban, hasta que el arrepentimiento se le hacía un chisperío que le quemaba la conciencia.

Se retorció en su asiento y al espiar por la ventanilla, vio las nubes iluminadas por la luna.

—Yo tengo que regresar... ¿comprende usted?... Tengo que regresar...

La muchacha del avión trató de calmarlo

—¿Regresar? Eso es imposible, caballero. Llevamos media hora

de vuelo y estaremos cuatro horas todavía en el aire, antes de bajar en el próximo aeropuerto

El hombre la miró con ojos nublados de espanto. Se cogió la frente con desesperación y se hundió en el asiento

—¿Qué hora es? —dijo

—Las nueve de la noche —indicó la muchacha, consultando su reloj—. Le traeré un calmante para los nervios, ¿o prefiere café?

—No, no .

La joven volvió con un vaso de agua y una pastilla.

—Beba. . . Se calmará . ¿Es su primer viaje por avión?

—Gracias, pero. . . ¡el vaso! . . . No, no . Debo volver . Es el vaso. . . ¿Las nueve dijo? Ella se acuesta a las diez, y sería un crimen . ¿Cómo pude hacerlo? . Hablaré al piloto, pagaré lo que sea . . . señorita por piedad, tengo que regresar.

—Soy médico —dijo un hombre levantándose de su asiento y acercándose— Este caballero sufre una crisis nerviosa. Debe ser la altura. Si en algo me necesitan

El hombre se serenó y comprendió que todo era inútil. Behió el agua y la pastilla, intentó dormir y murmuró:

—Perdón . Gracias, señorita. Gracias, doctor. Consecuencias de la guerra. . . Estuve en Pearl Harbor. . .

—Muchos quedaron así —opinó el médico mientras se acomodaba de nuevo en su asiento.

La muchacha le tocó la frente.

—Si vuelve a sentirse mal, llámeme

El hombre cerró los ojos

—Me engañas . me engañas. —repetía su propia voz, emergiendo del recuerdo—. ¡Mentira! —se negó a sí mismo— Soy un miserable. . . Ella va a la cama a las diez y entonces .

Se incorporó e iba a gritar otra vez, pero recordó que era inútil

—Ella tendría que morir. . . y la habré matado yo . ¡Yo!

¿No la quería ya? . . . Sí . Ahora comprendía que sí la amaba, que su odio eran celos, locura inaudita, extravío repentino que se anulaba ante la inminencia del crimen

—Me engañas. me engañas. Allí estaba su misma voz, surgiendo de una bruña implacable

Mentalmente reconstruyó sus pasos y se vio a sí mismo preparando la venganza. No le temblaba la mano al verter el veneno en el vaso de agua que ella bebería antes de acostarse, como lo hacía siempre.

¡Veneno! Era su venganza. Era la muerte que sellaría aquel capítulo increíble.

Y él estaría lejos, en fuga bajo el cielo, cuando descubrieran el cadáver y creyeran que se trataba de un suicidio. Lo había planeado todo, diabólicamente tranquilo. El viaje inesperado, las falsas palabras solicitando el perdón, y aún le quemaba aquel beso de la despedida.

—Me engañas . . . me engañas . . . —surgía la voz, dominando el lejano zumbido de las hélices.

Ella había llorado mucho. Aquel llanto que entonces lo llenó de rabia, ahora le bajaba de la conciencia e iba a lacerarle el corazón.

—¡Miserable! Sí, soy un miserable. ¡Soy un asesino!

—Hizo un esfuerzo sobrehumano para no gritar.

—Tengo que regresar. . . ¿Pero cómo? ¡Tengo que regresar!

Apretó los maxilares y lo deseó con todas sus fuerzas. Las uñas de los dedos le lastimaron las palmas de la mano al crispar los puños.

Sintió que algo le estallaba en el cerebro, con un relámpago extraño, y creyó que se iba a desmayar.

Abrió los ojos y recorrió la habitación con la mirada. Ella estaba ausente, y sobre la mesa al lado del lecho, aún estaba el vaso con el agua intacta. Se movía como un sueño extendiendo la mano hacia el signo de la muerte.

Se abrió la puerta de la habitación, y era ella que volvía. El hombre cogió el vaso envenenado y lo apretó entre sus dedos hasta hacerlo astillas.

La mujer dio un grito:

—¡Dios mío, Dios mío! Se ha roto solo.

El quiso hablar, pero un nuevo relámpago le borró de la mente enfebrecida la visión imposible. Volvió a escuchar el ruido amortiguado de los motores y abrió los ojos.

Pasó la mano sobre la frente y algo tibio resbaló sobre la piel bañada en sudor. Alzó el brazo y se miró los dedos: tenía sangre.

En el piso, habían fragmentos de cristal.

Gangrena

—¡Gangrena! —dijo el doctor Ruiz, hablando bajo la mascarilla mientras la enfermera le ofrecía los instrumentos

Ricardo Gomar yacía en la mesa de operaciones, inconsciente bajo los efectos del anestésico, sangrando de las heridas que le produjo una granada que estalló a pocos pasos de su cuerpo en el frente de batalla

—¡Gangrena! —repitió el médico, otra vez. —Había que amputar para salvarlo. Perderá brazos y piernas.

—Pero doctor, me parece que. . . —murmuró la enfermera.

—Atienda a su deber, señorita —murmuró la voz dura.

La mujer guardó silencio, mientras las manos de Ruiz consumaban la sangrienta decisión.

La camilla rodó puertas afuera de la sala de operaciones, sobre el largo pasillo del hospital. Bajo la blancura de las mantas, iba un tronco humano, con cuatro trágicos muñones envueltos en la apretada tibieza de los vendajes.

Aquella neblina pesada llena de círculos luminosos que se iban abriendo en oleadas concéntricas, aquel caos de sonidos que estallaba en el cerebro dormido de Ricardo Gomar; aquel sueño mortal que le oprimía la conciencia, todo se iba desliendo en un remolino que abría una ventana hacia el recuerdo. Se rasgó un velo lejano y por el hueco de la tortura, vio el rostro del doctor Ruiz que sonreía

—¡Gangrena! —musitó el doctor— Había una gangrena en mi alma y tuve que amputarla de tus miembros. Tuviste esposa robándome el amor de la única mujer a quien yo amaba. Guiñapo humano, eso eres tú por mi venganza.

Un sollozo profundo brotó de la rabia del hombre mutilado y luego se desmayó en la impotencia de su odio.

—¡Gangrena! ¡Gangrena!: el murmullo horrendo se le había transformado en un trueno inmenso que le torturaba de explosiones el cerebro, mientras la risa abyecta le apuñalaba de convulsiones el dolor indescriptible que le mordía las suturas

La modorra de la anestesia fue anastando poco a poco los jirones de inconsciencia que subsistían en su olvido, y los procesos mentales recobaron su marcha en la evidencia de aquella aplastante realidad

Podía recordar ahora, extrayendo reflexiones amargas de la cercanía del pasado, pero la guerra era sólo un relámpago que boñaba en el asombro el instante decisivo. Sobresalía la imagen de su esposa, la mujer que lo esperaba al otro lado del mar, ajena a la tragedia inenarrable. El doctor Ruiz era una figura que se anulaba, que huía ahogando su derrota, que se esfumaba en la tangente de un círculo, cuyo centro eran dos corazones superpuestos en la concepción de un amor fuerte e inefable.

—No había necesidad de amputar —susurró el médico, inclinado sobre el cuerpo cercenado de Gomar— pero tú serás el presente que llevará un barco cualquiera a los brazos de la mujer que me olvidó por ti. Odíame . . . ódíame si quieres . . .

El sacrificado cerró los ojos y de su corazón comenzó a fluir un torrente de intenso rencor, un odio que se hundía en una vorágine infernal que hacía estremecer la carne mutilada.

Prisionero en el tronco deforme, moriendo en silencio el horror de su tortura, el mísero vio desfilar los días contemplando la mudez del techo de la sala.

Y el verdugo tenía también agitadas reflexiones. El remordimiento subía en espirales candentes y le abrasaba sus meditaciones, como una asfixia sin piedad exterminando la satisfacción de la venganza.

Durante varios días la visión sangrienta invadió de perfiles rojos la perturbada paz de su espíritu. Se eligía en sus sueños el hombre sin manos y sin piernas, surgiendo de mares de sangre cuyo oleaje estrellaba sus espumas en la orilla del arrepentimiento.

Sentía el odio de la víctima, cayendo de las pupilas dilatadas de locura. Cerraba los ojos, pero el guiñapo estaba también en la oscura soledad de su aislamiento inútil.

El doctor Ruiz paseaba su agitación, refugiado tras las puertas cerradas de su clínica, mientras los cigarrillos consumidos señalaban desde el cenicero el caos de su fiebre interior.

A lo lejos, sonaba la campana de un reloj señalando horas perdidas en la sombra. La noche era muda y larga. Algo crujió. Una ráfaga helada hizo agitarse las hojas de la ventana, arrancando un ruido seco que creció hasta convertirse en un estuendo.

El doctor Ruiz miró hacia la puerta cerrada, sintiendo una presencia impalpable que se acercaba lentamente, y como un fantasma de bruma, como una aparición inaudita, pasando a través de las maderas clausuradas, vio a Gomar que caminaba hacia él sobre sus piernas intactas, extendiendo los brazos vengadores en cuyos extremos se agitaban dos manos implacables.

Avanzó la aparición hacia el verdugo; huyó el hombre aterrado pero estaba prisionero de su mismo miedo en aquel recinto. Gomar se acercó y sus manos rodearon el cuello en cuya garganta moría un alarido. Quiso luchar el médico, pero el vengador tenía una fuerza incontenible, como si los poderes de todo el odio concentrado en un solo ser, animaran el impulso inconcebible.

Ruiz yacía sobre el piso, muerto y grotesco, cuando acudieron a romper la puerta. Estaba solo, inexplicablemente estrangulado por dos manos invisibles, y en la callada sala del dolor, agitando sus martinizados muñones, Ricardo Gomar sonreía recostado en una agonía liberada que reconfortaba su venganza.

La Blasfemia

Arrojó el cigarrillo, y después del acceso de tos, se contempló en el espejo, pálido y demacrado. Se tambaleó al dirigirse al canapé y el vértigo le hizo olvidarse de aquella opresión en el pecho, aquella fatiga, aquella punzada que le atormentaba.

Cerró los ojos.

En la oscuridad de su aislamiento, se hizo de repente un remolino de chispas escarlatas y luego un relámpago que primero fue azul y luego se fue diluyendo en luminosidades cegadoras de colores verde, anaranjado y violeta.

Se olvidó de pensar si estaría soñando, ni de cómo era que estaba allí, dentro de aquella muchedumbre que rugía con paroxismos de terror y alaridos de angustia.

Dentro de aquel círculo de seres histéricos hasta donde se sintió descender como succionado por las revoluciones de un gigantesco remolino, sintió miedo, un miedo rayano en pavor inexplicable que se le contagiaba de aquella convulsión colectiva que convertía a la multitud en una legión desesperada.

Era un aullido inmenso que surgía de millares de llantos brotando en la orilla de la locura, de una demencia monstruosa provocada por la cercanía de la muerte.

Y es que todos lo sabían como lo sabía él mismo, que iban a morir.

Habían desaparecido los presagios y los presentimientos, y ahora venía la destrucción en oleadas sucesivas.

Eran millones de seres sacrificados, millones de muertos y millones los que agonizaban y se sentía avanzar, se escuchaba trepidar aquel poder horrendo que no perdonaba y que implacablemente lo invadía todo, terminando poco a poco con los vestigios de vida que aún vacilaban en el límite del caos.

Desde el primer momento se dio cuenta que no era suyo el idioma en que imploraban y lloraban, y en verdad, no estaba seguro si hablaban o vibraban, pero comprendía perfectamente la expresión que inundaba de pensamientos y de angustias el sitio condenado.

Caminó, ariestrado por la muchedumbre enloquecida, empujando también, gritando también, experimentando también aquel hálito trágico y aquella seguridad del fin que se acercaba, que venía de alguna parte, sin saber exactamente de dónde pero cuya proximidad se respiraba.

Oyó, o creyó que oía, algo como lamento largo, como un sonido prolongado que le recordó las señales de alarma que durante la guerra anunciaban la inminencia de los bombardeos.

Una voz crecía en el aire y llamaba:

—Profesor Uc, profesor Uc.

—Es a mí —pensó— Uc soy yo.

Sabía que era Uc.

Se abrió paso a duras penas y jadeando su fatiga subió la larga escalinata, cuyo primer peldaño servía de límite a la multitud que se alineaba frente al alto edificio.

—Paso —gritó.

Penetró al gran salón y se sentó entre los demás.

—Señores —dijo el más anciano— el Gran Consejo se reúne ante la mortífera emergencia. Estamos al borde de la destrucción total. El daño es inmenso, irreparable e incontenible. Ha ocurrido lo espantoso. Es un elemento invencible que lo anula todo, que lo desintegra todo, que tortura, que asfixia, que mata . . . Estamos perdidos. Es el final, es la muerte.

—Lo sé —gritó Uc poniéndose de pie— Es como Hiroshima y como Nagasaki.

Los oyentes se miraron con asombro.

—¿Hiroshima? ¿Nagasaki? —interrogó el anciano—. El terror le hace a usted hablar incoherencias, profesor. ¿Qué cosas son ésas? ¿De qué habla? ¿Cuál es el secreto de esa clave del infierno?

Uc se cogió la cabeza con ambas manos y sollozó.

—¡Perdón! —exclamó— es que sólo yo puedo comprender esta situación extraña y horrible. Nadie aquí comprendería la verdad, esa verdad trágica que estamos sufriendo.

—La angustia lo ha enloquecido —afirmó la figura que estaba a su lado—. Pero debe existir un medio, una fórmula de salvación, una oportunidad de liberarnos de esta maldición y escapar.

—No estoy loco, no —repuso Uc enjugándose las lágrimas— pero poseo la verdad. Nadie escapará, como nadie pudo lograrlo antes.

—¿Antes? Esto no ha ocurrido jamás aquí protestó el anciano.

—¡Nunca! —murmuró el coro de voces aterradas.

—Aquí no —insistió Uc— pero un mundo contiene a otro mundo. El universo es inescrutable e infinito.

—¡Calla! —rugió el viejo— Nos queda Dios.

—El no lo puede tampoco —negó Uc— porque yo no puedo, y aquí ¡yo soy Dios!

Un rugido de ira y de estupor brotó de todas las gargantas.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!..

Un estuendo horrísono, un bramido, un retumbo ensordecedor, un calor como el de mil llamaradas, se escuchó y se sintió llegando el eco de afuera, de arriba, de abajo, de todas partes. Era un temblor que lo sacudía todo, que lo destruía todo, que nada perdonaba, que nada excluía de su impulso y de su avance exterminador.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

La palabra se repitió, transmitida de uno en uno, por aquellos que escucharon la profanación a la divinidad, y llegó hasta el exterior coreada por la turba enloquecida que la murmuraba sin saber por qué.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

Las paredes vacilaron y el techo comenzó a desplomarse sobre las cabezas. La masa angustiada inició la huida, el éxodo febril e intuitivo sin rumbo, sin detenerse a saber si la ruta de la fuga la llevaba hacia la

nada o al abismo, porque en todas partes estaba la muerte, en todos lugares de aquel mundo extraño para Uc, estaba el aniquilamiento, el torbellino implacable con su ímpetu incontenible, imponiendo el pánico y produciendo la muerte

—No puedo decíselos —gimió Uc en el salón abandonado—. No puedo porque me creen loco, o me llamarían cínico y miserable, pero es como Hiroshima y es como Nagasaki.

Un nuevo sacudimiento hizo hundirse el techo definitivamente, sepultando a Uc

Casi asfixiado por el polvo, se arrojó bajo los escombros buscando la salida.

Del otro lado de las ruinas, modulado en sollozos y con sabor de sangre, le llegaba el grito:

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

Y sabía que no había blasfemado, porque en aquel momento y en aquel mundo, para aquellos seres sometidos a la inexorabilidad del microcosmos, él, Uc, asumía la dimensión de un dios, de un dios impotente cuya mísera capacidad se anulaba en la inconmensurabilidad del cosmos y ante la omnipotencia del Dios verdadero.

Tambaleante y aturdido se liberó de las ruinas y contempló su derredor.

Habían muchos cadáveres, muchos heridos que agonizaban y el resto formaba una legión de seres epilépticos que desvariaban idiotizados de miedo y de dolor, enronquecidos de llanto convulsivo que era aullido, por momentos transformado en ruego y por instante hecho imprecación.

En el horizonte se alzaba un resplandor de sangre. Circulaban vahos de calor insoportable y todo temblaba como si algún volcán de violencia indescriptible, hubiera desatado su furia contenida por siglos en la entraña misteriosa.

Uc sabía que no había salvación. Aquello avanzaba inexorablemente, convirtiendo en ruinas lo que estaba en el camino. Lo había oído nombrar antes, pero había llegado el instante de sufrirlo. Él era un corpúsculo ensamblado allí, por la fuerza de un designio sin explicación, pero que por el milagro de una chispa momentánea, lo ponía en contacto con lo que nadie sabía y nadie había visto como lo miraba él

—Cada célula tiene su propia conciencia —pensó y comprendió—. Su propio mundo que crece, que se dilata en distinta dimensión

Un dolor intenso lo hizo sentir que subía, que emergía fuera de aquel trágico ambiente y le devolvía su propia conciencia en su mundo verdadero

Ya no era Uc, ni estaba dentro de la escena tremenda de la destrucción, pero supo que la llevaba en su interior, que el dolor y la tortura le destrozaban el pecho. La punzada insoponible estaba en el pulmón.

Abrió los ojos y se sentó en el borde del canapé, ansioso y fatigado, pensando en la realidad de su regreso

Había sido Uc y Uc estaba adentro, sufriendo, llorando, muriendo, sumergido en aquel caos explorado por designios insondables.

El médico encendió otro cigarrillo y volvió a mirar su rostro demacrado en el espejo.

—¡Sólo me queda Dios! —susurró

Con mano temblorosa escribió e hizo un círculo. Estrujó luego el papel y lo arrojó al cesto.

Había una palabra, una sola, circundada por el trazo: ¡Cáncer!

